

# Esteban Carneiro Herrero (1915 - 2009)

Mertxe Carneiro Bello

“Parecía muy sencillo hablar de ti...”

Así hablaba yo a mi madre desde la *Oarso* de 1995. Quince años después podría dirigirme a mi padre con las mismas palabras, porque me ha sobrevenido el mismo aturdimiento. Una y otra vez repetí entonces esta frase como un mantra improductivo. Como un reproche en realidad. Un reproche sigue siendo ahora esta imposibilidad de reaccionar ante un vacío repetido y acrecentado. Me hubiera gustado hablar de ellos, de mi madre entonces, de mi padre hoy, y no soy capaz, no soy capaz, me he quedado muda a la hora de hacer una crónica de la vida que compartimos. Parece como si dentro de mí se hubiera cerrado una puerta muy alta, muy ancha y pesada, sin ruido, casi sigilosamente. En cierto modo por sorpresa. Se diga lo que se diga, estas cosas siempre lo son. Desde hace un par de años unos ojos amigos, fijos en mí, han tratado de ponerme en guardia contra el futuro inmediato. Los ojos de la muerte estuvieron aquí. Su mirada cruda y noble quiso hacerme comprender, y yo los ignoré. Mientras me fue posible no quise hacerle ninguna concesión a la naturaleza. Hice caso omiso de los signos: el tiempo que se agotaba, las horas desvaneciéndose... ¿Qué tenía que ver con nosotros la naturaleza? Únicamente en lo más profundo de mi conciencia la mirada de la muerte era una revelación diáfana; me mostraba una verdad que yo aceptaba serenamente. Eso era todo. Afuera, en cambio, regían las leyes del escapismo, me ganaba lo ilusorio de un limbo, la esperanza contra toda esperanza.

Mi padre murió el 15 de julio de 2009. De pronto el hueco y el silencio. De pronto, como



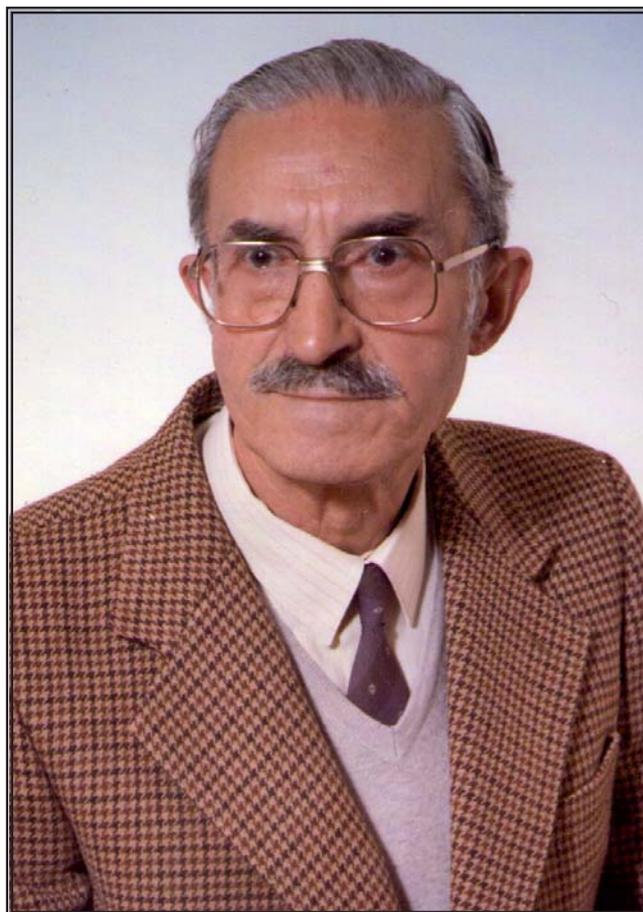
1975

hace quince años, entre mi puerta y las calles se ha hecho la inercia. Algo me empuja a salir y me devuelve a casa en un ritmo inmodificable, como el de las olas que llegan y se retiran, como el del corazón que se abre y se cierra, sístole y diástole que nada tiene que ver con la voluntad, llega el mar y se va, todo es una función que sucede porque sí. Se trata de continuar. Se sigue como sea. A trancas y a barrancas. Aceleradamente. Lentamente. O por inercia... La inercia es la esencia inconfesable de la vida, quiero decir que no hay forma de pararse en seco, ninguna fuerza puede modificar el movimiento una vez iniciado, se vive por costumbre, la sangre no detiene su curso pase lo que pase alrededor. Se vive, que no es poco.

Mis pasos se han vuelto tranquilos, no quieren saber de metas, rechazan los itinerarios, niegan la línea recta. Pero tampoco deambulan, resuelven bien el ir y venir, ningún viento desvía su marcha. Sólo que ya no tienen prisa. La prisa pertenece a otra vida. La prisa sirve para alcanzar objetivos, como por ejemplo no hacer esperar a nadie, y si nadie te espera, ¿por qué correr? Miro los árboles, el mar, lo miro todo desde adentro. Esa incesante sensación de extrañeza empaña el paisaje; la realidad, en presencia del dolor, retrocede y se difumina. Pareciera que el alma toma sus distancias. Es la vida cóncava, y me pregunto: ¿soy yo? Soy yo, pero no la de antes, he cambiado, mi vida se me antoja un viejo asunto, algo que tardará en recuperar su importancia. Lo comprendo cuando, desde

el interior de un sueño, extendo la mano hacia su sillón, y él no lo ocupa; miro un objeto, y él no lo toca; tiendo el oído, y su voz no ha sonado. Él ya no está y yo lo comprendo en un instante. Luego, al despertar todo está quieto, igual de quieto que en el sueño. Pero hay ocasiones en que, dormida o despierta, el vacío súbitamente se llena de elocuentes sombras que me procuran un cierto alivio y hasta me hacen sonreír. Hace algunas semanas, leyendo a una amiga literata, me topé con unos versos que venían a explicarme muchas cosas. Olvido Marvao decía en sus *Correspondencias*, que "todo está ahí, / alrededor, / algunas veces, durante escasos segundos, / he podido sentirlo"... Sin duda es eso lo que me pasa. Que siento la estela del pasado como si no hubiera pasado. Supongo que es una forma de desorden en los sentimientos, o un grito de rebeldía ante esta infame realidad que se nos impone a los humanos. Saber que todo se borra y nada ha de quedar de aquello que fue nuestro forma parte de la existencia, por eso el grito, por eso las sombras habitadas, por eso hoy estoy de nuevo escribiendo sobre la tristeza; en definitiva, nada demasiado grave, aunque resulte tan desmesurado su rigor, tan agotadora su presencia. Cuando esta revista vea la luz, en plena semana de fiestas, yo seguiré sintiéndola, quizás más punzante por coincidir en el recuerdo con la alegría de las Magdalenas.

Frente al mar, en estos días en que la primavera apenas entreabre sus ojos, en el paseo que tantas veces recorrí con mi padre, me vienen a la memoria unos versos de Salinas. Me saludan las gentes, *se creen que voy sola*, me sonríen cariñosamente, palmadita en el hombro, un guiño comprensivo, con frecuencia un cariñoso comentario sobre él, pobres, *se creen que voy sola* y no saben *que paseo con su ausencia a mi lado*.



1985

